



Mabel Moraña y María Rosa Olivera-Williams, eds. *El salto de Minerva: intelectuales, género y Estado en América Latina*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Veruert, 2005.

Este valioso volumen de Mabel Moraña y María Rosa Olivera-Williams se funda sobre la convic-

ción de que América Latina, en el momento presente, vive una coyuntura transicional. El cambio de milenio ha sido marcado por transformaciones profundas tanto en la esfera político-social como en la artístico-cultural. Las violencias autoritarias de las dictaduras del Cono Sur, por ejemplo, dieron paso a nuevas violencias bajo el paradigma neoliberal (con fenómenos acompañantes como la tecnologización y la globalización) que han dejado una impronta indeleble en los sujetos y sus formas de vivir. En el ámbito cultural, el concepto mismo de la “cultura” dejó de ser dominio exclusivo de una elite letrada para ir abriendo paso a nuevas producciones provenientes de la esfera de lo “popular”; a la vez, el utopismo artístico de los años 60 y 70 se fue reemplazando en las últimas décadas del siglo XX con estéticas y posiciones “posmodernas” cuyo motor ideológico era el fuerte cuestionamiento de todo sistema totalitario de significación. Con todo esto, la globalización, en lo positivo, permitió un flujo más libre de ideas entre Norte y Sur (y viceversa), que resultó ser productivo para artistas e intelectuales de ambas latitudes, aún cuando esta misma circunstancia también generó indudables exclusiones, estratificaciones y jerarquías de sujetos, espacios y saberes.

Situado en esta compleja encrucijada histórica, *El salto de Minerva* propone explorar, desde diversas geografías y posiciones enunciativas, la compleja relación entre intelectuales, género y Estado, queriendo, al mismo tiempo, destacar el rol protagónico que las mujeres han jugado como artistas y críticas de la cultura a lo largo de la historia latinoamericana y, sobre todo, hoy en día. Sin dejar de reconocer que el feminismo no tiene por qué ser dominio exclusivo de las mujeres, las editoras del libro optan intencionalmente por incluir los trabajos de diecinueve des-

tacadísimas intelectuales-mujeres de Estados Unidos y América Latina con el propósito de “reconocer la importancia de los aportes de las mujeres al campo de los estudios literarios, culturales y de género en el contexto latinoamericano” (13). Los escritos, en su conjunto, logran exitosamente entablar una conversación implícita en torno a la “cuestión genérica” y a las formas en que las mujeres han luchado, desde diversas trincheras y escalas de poder, para poner en jaque las hegemonías masculinas y echar luz sobre las desigualdades sociales. Hay que notar que la colección, además, contiene una introducción excelente de María Rosa Olivera-Williams y un “Post scriptum” de Mabel Moraña que facilitan dos marcos diferentes (pero complementarios) para leer los ensayos del volumen. Si Olivera-Williams nos da las pistas para calibrar la coyuntura histórica donde se insertan las reflexiones del libro y sus problemáticas (junto con unos resúmenes indispensables de cada trabajo), Moraña logra identificar, retrospectivamente, varios hilos comunes que unifican a los capítulos y que dan sentido al volumen.

En mi opinión, una de las grandes ventajas que tiene *El salto de Minerva* es que logra ofrecer un panorama de la escritura de mujeres que va mucho más allá de las tantas veces discutidas “tretas del débil”. Si bien varios de los ensayos recopilados dan cuenta de estos juegos sorjuanescos entre el decir/ no decir y el saber/ no saber, también se examinan casos prácticamente olvidados de mujeres latinoamericanas que, en diferentes momentos, lucharon audaz, abierta y públicamente (como el caso de la argentina Carolina Muzilli discutida por Adriana Bergero) o incluso desde posiciones semi-privilegiadas pero relativamente liminales (como el caso de la cubana Dulce María Loynaz discutida por Elzbieta

Skłodowska) para negociar entre proyectos oficialistas y deseos de cambio. Estos trabajos invitan a visitar ciertas figuras femeninas de la historia cultural latinoamericana que tradicionalmente no han figurado como parte del “canon”.

De todos los trabajos incluidos en el volumen, quizás sea el artículo de Mabel Moraña (“Intelectuales, género y Estado: nuevos diseños”) el que más permite tomar el pulso de los debates teóricos actuales sobre la escritura femenina y plantear interrogantes claves que, en cierto sentido, enmarcan a los demás ensayos de la colección. La época actual, argumenta Moraña, está signada “por una modificación fundamental de la noción de identidad genérica que, desde perspectivas sustancialistas, identificaron durante varias décadas como objeto de las políticas feministas a un sujeto universalizado, marcado por las determinaciones sociales y bio-sicológicas adjudicadas a los sexos y visibilizado en su negatividad por el sistema de dominación patriarcal” (31-32). Moraña amonesta que es preciso alejarnos de dichos esencialismos universalizantes y reconocer la importancia de *lo local*, con la multitud de posiciones enunciativas que ofrece, como sitio potencial de combate político.

De ahí surgen varios dilemas: ¿cómo reconocer la importancia de lo local sin abandonar la posibilidad del activismo solidario masivo que los feminismos “duros” promueven? ¿Cómo vincular teoría y praxis (activismo, gestión, enseñanza) para que la reflexión intelectual produzca efectos sociales y políticos reales? Moraña aboga por reevaluar la tarea del intelectual en su relación con cuestiones de género. Si bien es cierto que los intelectuales deben siempre buscar formas de intervenir los discursos del poder en toda esfera social, también éstos tienen que reconocer las limitaciones de sus

propias posiciones, analizar las consecuencias de la “privatización del conocimiento” (35) y evitar que sus propias voces se sobresaturen de una excesiva retórica prestada de la teoría metropolitana. El feminismo, en el mejor de los casos, debe ser una forma potente de hacer crítica social, a pesar de que sea también una práctica que se encuentra en constante riesgo de vaciarse de su poder subversivo y de convertirse en mera prédica sin fondo o en un gremio teóricamente ensimismado.

Este espíritu anti-esencialista frente a las designaciones identitarias señalado por Moraña también inspira el ensayo de Doris Sommer, “Lenguas del amor AC-DC”, que constituye la otra reflexión teórica clave del libro. Partiendo de una crítica a la postura de Herder que ser “moderno” implica tener una identidad (nacional y sexual) fija (38-39), Sommer rescata la idea de la alternancia (*code-switching*) para recordarnos que, en efecto, “...las etiquetas de un género u otro son muy estrechas para abarcar la realidad de los seres humanos” (41). Como hace años a Judith Butler, a Sommer le preocupa que tanto los hombres como las mujeres solemos limitarnos en nuestras posibilidades de realizarnos justamente porque nos enchufamos en moldes de comportamiento predeterminados por las normas culturales imperantes. Así, el bilingüismo AC-DC se convierte en una gran metáfora de la diferencia, la alteridad y la hibridez, las cuales son, en la opinión de Sommer, posiciones “móviles” –no fijas– que pueden servir a la ciudadanía creativamente en un sentido político y ético. Lo hermoso del ensayo de Sommer es que en medio de un volumen predominantemente enfocado en la identidad femenina/ feminista, ella decide conscientemente pensar más allá de lo femenino para avanzar una definición más amplia de la identidad que

incluya lo nacional, lo étnico, lo religioso, etc. ¿Sería cierto, a fin de cuentas, que “la autonomía está en saber manejar más de un código y asumir más de una persona (máscara)” (38)?

A partir de lo planteado por Sommer, varios ensayos de *El salto de Minerva* profundizan aún más la imagen de lo móvil, lo no-estático o la fuga (en el sentido deleuziano) como un sitio simbólico de la insurrección política. (Nótese que el “salto” del título hace eco de esta idea en cuanto alegoriza la acción intelectual de mujeres que no se contentan con el *status quo* del tradicionalismo.) Se oye un dejo de estas fugas deleuzianas en las contribuciones de críticas como Mary Louise Pratt, María Rosa Olivera-Williams y Jean Franco. Pratt, por ejemplo, está interesada en las “zonas de exclusión” creadas por el neoliberalismo y en los dramas que viven los sujetos excedenciales que no se consideran funcionales desde el punto de vista del mercado. Su ensayo, “Los imaginarios planetarios”, centra su mirada en la organización Alfa y Omega, un grupo “filosófico-cosmológico” neocristiano del Cuzco que rechaza “el materialismo y la narrativa fracasada del desarrollo” progresista y articula “un imaginario planetarizado” (270). La tesis de Pratt –cuya lógica es aplicable no solo a la condición de la mujer sino a la del subalterno en general– es que la situación global de exclusiones genera nuevas formas de vivir independientes (es decir, “fugados”) del mercado. De ahí, Pratt propone la búsqueda de una salida de los discursos hechos de la Ilustración occidental (que suelen regir en la academia) para favorecer otros discursos más inclusivos y “planetarios”. De modo similar, María Rosa Olivera-Williams (“Vírgenes en fuga: pasión y escritura en tiempos de globalización”) registra su queja que el mercado suele acatar y pro-

mover una literatura femenina “lite”, marginalizando así a otras producciones más complejas o estéticamente densas. Su análisis de la novela *El sueño de Úrsula*, de María Negroni, retoma la idea de la fuga deleuziana para ensalzar una visión inestable de la mujer, una visión que contrasta directamente con la Úrsula de la leyenda medieval, atada al Estado y sujeta a los discursos masculinos. Según la lectura de Olivera-Williams, Negroni rescribe tanto la leyenda (la tradición) como la Historia, buscando nexos que demuestren la continuidad de la experiencia femenina en diferentes tiempos y lugares a lo largo de los siglos. La mujer aparece en Negroni como un sujeto insurreccional, capaz de fomentar cambios y vivir de otra manera que no sea como un cuerpo serializado y adicto al patrón neoliberal. A todo esto, Jean Franco (“En el interior del imperio”) agrega su advertencia que es necesario estar en alerta porque las mismas fugas rebeldes que se piensan transgresivas pueden también ser absorbidas por el mercado bajo la consigna de un falso pluralismo donde toda diferencia se celebra pero queda, a la vez, vaciada de su verdadera capacidad de subversión. ¿Dónde, entonces, están los espacios transgresivos en este nuevo contexto que relativiza las diferencias en el escapate de la oferta y la demanda? La mirada de Franco es realista, pero no carente de esperanza. Afirma que incluso en este deprimente panorama actual, “algo vive aún entre los escombros, aunque solo sea la fuerza de la voluntad” (325). El caso del travestismo en la Argentina es, para ella, un ejemplo de un lugar desde el que se han registrado contestaciones interesantes frente a los binarismos y los esencialismos identitarios.

Otro eje que atraviesa los ensayos de *El salto de Minerva* es la presencia de una reflexión sostenida

sobre el cuerpo femenino en su relación con el cuerpo político de la nación. Mabel Moraña, en su “Post scriptum”, resume este punto bien al notar que varias autoras “analizan prioritariamente las conexiones entre la corporalidad femenina como lugar simbólico de la alteridad y como espacio de la representación alegórica, y el cuerpo de la nación como asiento territorial desde el que se gesta y administra el sujeto moderno” (333). En este sentido, son notables los trabajos de Teresa Porzecanski, Susana Rosano, Alicia Ortega Caicedo y Nelly Richard. Teresa Porzecanski (“El silencio, la palabra y la construcción de lo femenino”), por ejemplo, explora las mitologías de algunas tribus aborígenes (pre-nacionales) que postulaban en sus cosmovisiones una etapa primitiva en que existía un matriarcado. De ahí explica Porzecanski que la mujer, vista como “naturaleza” amenazante y poder generador (i.e. la fertilidad, la maternidad), requirió repetidamente que el patriarcado la neutralizara y la convirtiera en un cuerpo dócil. Este razonamiento, al mismo tiempo mitológico y fundacional, se explotó posteriormente en la etapa nacional/ patriarcal para poner en práctica severos mecanismos de control contra las mujeres.

El ensayo de Porzecanski, que aparece hacia el principio del libro, sienta las bases necesarias para discutir el origen de las exclusiones genéricas que se elaboran en los demás trabajos. Más adelante en el volumen, Susana Rosano (“Reina, santa, fantasma”) y Alicia Ortega Caicedo (“Los hechizos de Eva Perón”) toman la imagen del cuerpo de Eva Perón y la analizan como un sitio de inscripción de deseos, fantasías y batallas políticas. Tanto en la vida como en la muerte, el cuerpo de Evita ha sido un campo de luchas simbólicas para diversos actores del espectro político argentino. Según es-

tas dos críticas, Eva Perón provee un dramático ejemplo moderno de cómo la nación adquiere nuevamente (como ha sucedido muchas veces en la historia cultural latinoamericana) la forma de un cuerpo femenino que, debido a su sentido aurático y mítico, llega a ser un símbolo altamente peligroso que se quiere domar y poseer. Nelly Richard (“El mercado de las confesiones”), por su parte, pone su atención en la figura de la “mujer pública”: el cuerpo femenino que logra penetrar los espacios masculinos y decide confesar algo de su intimidad personal en forma de un testimonio. Richard analiza tres casos de testimonios publicados durante el período post-dictatorial chileno —el de Mónica Madariaga, ex-Ministra de Justicia de la dictadura de Pinochet; el de Gladys Marín, la ahora-fallecida ex-presidenta del Partido Comunista chileno y el de Clara Szczeranski, presidenta del Consejo de Defensa del Estado— para mostrar que el Yo testimonial de la mujer pública puede construirse textualmente de muy diversas maneras. Si bien Mónica Madariaga renuncia a su sexualidad femenina y a su potencial maternidad para identificarse con la Ley (masculina) y el poder dictatorial, Gladys Marín hace lo mismo para postular un Yo-colectivo arraigado en el discurso izquierdista del marxismo revolucionario de los 70. Szczeranski, en cambio, al adoptar la posición más centrista de una mujer que aprovecha su intuición “pre-racional” y estereotipadamente femenina para hacer una diferencia en el espacio público, termina alineando su acto testimonial con las políticas consensuales y el discurso reconciliatorio que han dominado el escenario político de la transición post-Pinochet.

El ensayo de Richard es fundamental para los argumentos generales del libro porque muestra que el hecho de que un testimonio emane

desde un lugar de enunciación femenino no es garantía de nada, ya que la feminidad se puede desplegar y ocultar estratégicamente de acuerdo con las circunstancias contextuales y las motivaciones del sujeto que habla: “[E]l acceso físico de las mujeres a los aparatos del poder central no garantiza en sí mismo que estas mujeres vayan a defender los intereses específicos de su posición genérica” (307).

En última instancia, es imposible resumir la riqueza de un libro como *El salto de Minerva* en el espacio de una reseña, ni referirme a todos los temas que las autoras tocan. Basta con decir que varios de los textos del volumen, particularmente los estudios teóricos mencionados arriba, pronto serán lectura requerida en los cursos universitarios sobre el género. Lo que hay que celebrar del libro de Moraña y Olivera-Williams es su deseo de trabajar más allá de las categorías de lo masculino y lo femenino para buscar otros sitios de enunciación que posibiliten una re-conceptualización de las prácticas políticas y una redefinición de las subalternidades.

Sin ofrecer respuestas concretas, el libro es valioso porque abre caminos para futuros debates e investigaciones. Reitero: ¿cómo conectar el discurso teórico sobre el género y el análisis literario de la escritura femenina/ feminista con un activismo político-social que tenga resonancias tangibles en el mundo? ¿Cómo salir de las trampas y limitaciones de un discurso crítico que tiende a preferir los binarismos (hombre/ mujer) en vez de inventar nuevos lenguajes para hablar de las complejidades de la cuestión genérica? Éstas son solamente algunas de las preguntas que *El salto de Minerva* nos invita a seguir meditando.

Michael J. Lazzara
University of California, Davis